

Del sugestivo capítulo consagrado a Chichicastenango, la tierra del Popol Vuh —única teogonía de América— copio los párrafos que siguen y que son una de las tantas muestras de su prosa exacta, alma y pena.

“Verlos es sufrimiento, indignación, voluntad de servir. No los compadezco, sino me compadezco. Qué miserable soy, cómo puedo dormir, cómo puedo comer sin que mi sueño sea pesadilla y mi pan amargo. Jamás podré contemplar a mi patria como una pintoresca vitrina de indios llenos de color, de miseria, y atraso. El *mea culpa* es apenas el principio del delecto para decir la verdad. Pero ¡cuantos tartufos tolstonianos se han golpeado el pecho para golpearlos mejor!

“Nada es más indigno que la compasión. No, no están resignados y tampoco son felices. Perdidos dentro de sí, confusos, pero no se borra en ellos —ni se acostumbran— al sabor de la injusticia. Copados por todas partes, roto el resorte del ímpetu, se encuevan y avanzan dentro de las tinieblas, quemando pom, encendiendo velas, bebiendo aguardiente como locos, caminando en sentido inverso a la salida. Nada esperan de nosotros: ya nos conocen hartos. Entonces, ciegos, mal ligados entre sí por comunión de mitos y de sangre, se escapan en busca del milagro, de lo supernatural. Por querer levantarse, caen más y más, hasta que ya no caminan, sino que reptan en la oscuridad, amontonados, bajo agua bendita y latinajos, aunque muchos apenas entiendan español”.

Así se expresa Cardoza y Aragón, tras de haber caminado entre serranías y barrancos, bajo el sol de Chichicastenango, y así va tejiendo el hilo para ordenarlo en collar, que él anhela “sea como de esos macacos, cristales y piedrecitas de colores que adornan a las indias, un chacal para el cuello de mi amada Antigua”.

Las imágenes y los símbolos tienen gozo de levitación y para él son siempre útiles, preocupado como está por alentar la corriente en que discurre la vida elemental y secular del indígena, ya no del aborigen, perdido en el pasado

Al salir de la tiniebla de la iglesia de Chichicastenango dice que vive “el tiempo del pez volador, entre el aire y la ola. Y me quedo atónito y medusado por lo vertiginoso del viaje y la visión. Al salir ya soy otro, como cuando sumergimos una llave oxidada en un crisol de plata. Pez volador entre dos universos, entre dos Elementos, entre el cielo y el mar, la sangre indígena y la sangre mediterránea, que vive su instante sin saber si retornar a la onda o permanecer en el mundo de los luceros y de los pájaros,

Porque no hay voluntad de lo uno o de lo otro, ni de ambas situaciones. Simplemente, registro el acontecimiento, antes de caer en la tierra y en el aire de todos, la muerte: madre inevitable y profunda.

¡El ala del pez! He allí el prodigio. Como los símbolos, el ala concentra y enlaza los mundos, funde los Elementos y, al mismo tiempo, mantiene sus categorías diversas y aun opuestas. La sirena me atrajo antes de navegar con Ulises, y también el golpe de los centauros. El pez volador me fascina mucho más. El ala une al cielo y el mar, guión nupcial de palabra compuesta preñada de prodigio.

“No es el topo que se asoma a ver el sol o las estrellas, ni la roca profunda que por el árbol ofrece al aire sus zafiros y esmeraldas en la flor. El pez alado congrega los cuatro Elementos: el cielo, la tierra, el fuego de los pájaros y el agua de Tláloc y Neptuno, la perla y los corales. Un instante, en su vuelo, los congrega y cantan en coro con indeclinables voces de solistas. Cantan los Elementos

su Iliada y Odisea, su Escritura, su Comedia, su Popol Vuh, y hasta las coplas y letrillas, que son las únicas que recogen nuestros oídos. El pez enmudece: revienta de anhelo de cantar, de necesidad de fijar la visión, de balbucir siquiera algunas arenillas del enigma. Por ello reventamos en muerte de pez con alas: nos ahogamos de asombro”.

En este bello simil queda un rasgo apenas del valor y el atuendo con que el autor escribe su palabra, limpia, sincera, ceñida a la verdad, puesta su mirada en las diferencias “que van desde los sistemas de producción y consumo neolítico, de “economía cerrada”, feudal y semi-feudal hasta capitalista,” que determinó arruinar, con la complicidad de los traidores y del imperialismo, el mensaje de Guatemala, el más claro, justo y rotundo que se había oído desde los días de la Independencia de Centro América, 1821.—

Los Angeles, California — Junio 1956.

Guararí...

(En Rep. Amer.)

Guararí... sonoro y dulce.
Acentos indios de canción,
cantas tu raza noble,
carne de barro, libre el corazón!

Hoy tu nombre es un río,
hoy tu nombre es verdor
lluvia de clara música
alma de colibrí.

Guararí, Guararí...
en borrosas leyendas
que el tiempo nos legó
fue nombre de cacique...
Fue nombre de ilusión?

Hoy el campo repite
tu nombre musical
entre la lluvia buena
y el alto robledal.

Hoy tu nombre se siente
temblar en el pinar
y en el trueno lejano
de alguna tempestad.

Guararí, complejo
y tibio nombre,
encierras tantas cosas
que es bello
hablar de tí.

Y decir recordando
en dulce imaginar,
decir tu nombre alado...
Guararí... Guararí...

Cecilia Amighetti

Sto. Domingo del Roble,
Costa Rica. 1951.

Poema

(En Rep. Amer.)

No sé si es el amor únicamente
lo que pueda inefable en el secreto
al deleitar el cuerpo,
repetirse.

Tocándonos los hijos
con ansiedad de hoja anochecida.
O libremente presos. O sonriendo
al crepúsculo vago de tu efigie.

Es el amor silencio?

Yo me enterré desnudo entre la brisa
para lograr aromas florecidos...
Que al rozar nuestra piel
nos fueron pronunciando levemente
el horizonte de tus sueños
y la temprana luz de mis oídos.

Hemos ido viviendo
al sofocarnos limpios en lo mismo.

Y abandoné mi ser
por recoger tu ser en mis lugares.

Hemos deshecho la ilusión al entregarnos,
porque el cariño, después,
sería una luna simple.

Tú nunea dejarías
agonizar tu labio en un instante
más atrás del olvido.

Y no es posible irse
en la quietud dormida del rocío...

Mario Picado Umaña.

San José, Costa Rica, agosto de 1956.